



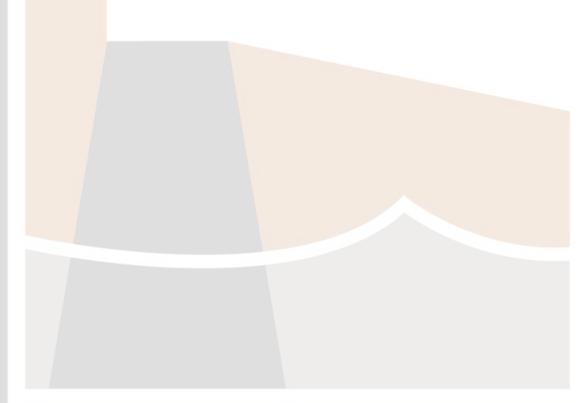
EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL



OLVIDAR ES IMPOSIBLE



MAREA
EDITORIAL



Sergio Maldonado

OLVIDAR ES IMPOSIBLE

Santiago, mi hermano

Prólogos de Pedro Saborido,
Ana María Careaga y Alejandro Bercovich

MAREA
EDITORIAL



Maldonado, Sergio

Olvidar es imposible : Santiago, mi hermano / Sergio Maldonado ;
Prólogo de Ana María Careaga ; Alejandro Bercovich ; Pedro Saborido. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2025.

248 p. ; 24 x 16 cm. - (Historia Urgente / Constanza Brunet ; 119)

ISBN 978-987-823-086-3

1. Derechos Humanos. 2. Literatura Testimonial. 3. Fuerzas de Seguridad.

I. Careaga, Ana María, prolog. II. Bercovich, Alejandro , prolog. III.
Saborido, Pedro, prolog. IV. Título.

CDD 361.614

Dirección editorial: Constanza Brunet

Coordinación editorial: Víctor Sabanes

Edición: Debret Viana

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Foto de tapa: Sebastián Miquel. Sergio Maldonado en Plaza de Mayo,
1° de octubre de 2017.

© 2025 Sergio Maldonado

© 2025 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-086-3

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.



*Dedicado a Santiago;
voy a seguir siempre luchando por Memoria, Verdad y Justicia.*

1

La inocencia

2 al 11 de agosto de 2017

2 de agosto

Estaba en la oficina, con un cliente que había venido a retirar un pedido. Eran días de mucho trabajo, como cada invierno. Charlábamos sobre las ventajas de vivir en un *motor home*. Él me contaba de los distintos puntos de Bariloche en donde paraba, en dónde comía y dónde conseguía mejor *wi-fi*. Yo, le contaba de mi hermano Santiago, un poco elogiando ese estilo de vida.

–Mirá a Santiago –le decía–, anda en bici, solo con su mochila. Hace tatuajes, no se tiene que preocupar por pagar el alquiler, ni los impuestos, vive viajando. No tiene ningún problema. Mientras yo, acá, todos los meses pensando en el negocio, pendiente de vencimientos, de los proveedores y empleados, tratando de conseguir materias primas, etcétera.

Recordé con cierta añoranza los tiempos en que con Andrea tejíamos en telar. Vendíamos chalinas y bufandas en la feria del Centro Cívico. Los viernes y sábados, para ganar un poco más de plata, recorría las calles de Bariloche vendiendo aceitunas con una canasta.

Durante ese lapso, me había sonado un par de veces el teléfono, con llamadas de mi hermano Germán. Me pareció raro, porque él no suele llamar, siempre manda mensajes. Le devolví el llamado. Atendió inmediatamente. Se lo escuchaba preocupado y me preguntó sin preámbulos:

–¿Sabés algo de Santiago? Porque están diciendo que está desaparecido.

–¿Cómo desaparecido? ¿En dónde?

–Un chico llamó a mamá y le contó que Santiago estaba con los mapuches y que lo habían desaparecido.

Quedé desconcertado, no tenía ni idea de que Santiago podría estar con los mapuches y Germán tampoco sabía nada, así que le dije que iba a

averiguar. Por más que ya habían intentado contactarlo, intenté comunicarme de nuevo, pero fue imposible.

La llamé a Andrea, que estaba en casa, le conté lo que estaba pasando y le pedí que buscara información. Mientras yo salía a la calle rumbo al mayorista, me entró un mensaje de la China, mi amiga de 25 de Mayo, provincia de Buenos Aires, diciendo que estaba preocupada por Santiago, porque se decía que había desaparecido. Intercambiamos algunos mensajes y ella me amplió el panorama con más información, que había sacado de Red de Comunidades en Conflicto, una página de Facebook. Así que se lo reenvié a Andrea. Dos minutos después estábamos hablando. Había encontrado noticias. Se confirmaba la sospecha de que no se sabía dónde estaba Santiago. Me aconsejó que llamara a Alejandra, una amiga reportera gráfica de Bariloche, que había estado cubriendo noticias sobre la comunidad mapuche y que probablemente supiera algo. Mientras tanto, ella llamaría a las comisarías de la zona.

Terminé de agarrar las cosas que tenía que comprar y llamé a Alejandra. Me confirmó que estaban buscando a una persona, pero que me olvidara, que no era mi hermano, que se trataba de otra persona que debía estar asustada y escondida, y que ya iba a aparecer. Por las dudas, le pedí que me mandara por WhatsApp alguna foto que tuviera de la persona que estaban buscando. Cortamos. Estaba en la caja para pagar cuando miré la foto que me mandó. Era Santiago.

No podía creer que la persona de la foto fuera mi hermano. Me agarró una desesperación que me desbordaba, por no entender qué estaba pasando. La volví a llamar a Alejandra, que no sabía cómo disculparse, y le pedí que averiguara lo que pudiera y que me avisara cuanto antes. Corté con ella y volví a llamar a Andrea. Acordamos dividirnos, yo llamaría a Escuadrones, la unidad de ejecución de Gendarmería de Bariloche, y ella a hospitales y comisarías.

Llegué a mi casa. Eran aproximadamente las 17 horas y no habíamos conseguido ninguna información concreta. Ni en la policía ni en los escuadrones ni en los hospitales sabían nada. Estábamos con Andrea pensando qué hacer cuando me volvió a llamar Alejandra para decirme que miembros de la comunidad mapuche se estaban juntando en la puerta del juzgado de Bariloche porque iban a liberar detenidos de una represión que había ocurrido el 30 de julio por la mañana. Nos subimos a la camioneta e hicimos los catorce kilómetros que separaban nuestra casa del centro de Bariloche, preguntándonos una y otra vez qué estaba pasando; no lográbamos entender la situación.

En la puerta del juzgado había un grupo de gente, serían treinta personas y se respiraba mucho nerviosismo. Nos encontramos con Alejandra y les preguntamos a algunos de los que estaban ahí si sabían algo. Se me acercó una chica, que se presentó como Natalia, y me contó que su hermano, Lucas, había estado con Santiago hacía unos días y que el día anterior, el primero de agosto, había habido un operativo represivo sobre un corte de la ruta 40, a la altura de Cushamen, en las puertas de unas tierras recuperadas, la Pu Lof, en el que había estado Santiago. Mientras la escuchaba trataba de imaginarme la situación, pero era imposible. Su mamá, Claudina Pilquiman, que estaba en El Bolsón, sabía más del tema. Nos propuso ir a verla al otro día. Se me ocurrió, con lo que ya sabía, que podría llamar a un periodista local que conocía para difundir a nivel nacional que estaba buscando a mi hermano. Así lo hice y le dije lo que sabía, que en ese punto era lo que me había contado una de las chicas, pero ella no quería decir su nombre al aire, supongo que por temor. Fue por este motivo que el periodista se negó a decir al aire que Santiago estaba desaparecido, algo que, por supuesto me molestó, porque me conocía y porque, pudiendo ayudar en una situación tan delicada, se negaba.

Les consulté a las personas que esperaban frente al juzgado si tenían un abogado con quien pudiera hablar y me señalaron a una mujer que estaba a unos pocos metros. Se llamaba Marina Schifrin. Me acerqué, le comenté la situación y le pregunté si me podía ayudar. Ella estaba esperando que salieran sus defendidos, y quedamos en juntarnos al día siguiente ahí mismo, en el juzgado. Nos quedamos esperando hasta que se hizo de noche. Nos despedimos de Alejandra y volvimos a nuestra casa.

Llamamos una y otra vez al teléfono de Santiago. No atendía nadie. Mi familia, en 25 de Mayo, me llamaba, desesperada por novedades. La sensación era de completa incertidumbre. Como norte, teníamos el encuentro acordado con la abogada, con la idea de que íbamos a poder aclarar la cuestión y nos iban a decir qué pasaba con Santiago.

Dormimos como pudimos.

3 de agosto

Por la mañana, fui a la puerta del juzgado a la cita concertada con la abogada. Esperé, pero nunca llegó. La llamé varias veces, nunca me atendió. Parado frente al juzgado, solo, sentí esa falta de respuesta como un cachetazo. Sin saber a quién recurrir, echando mano de gente conocida, se me

ocurrió llamar a un amigo escribano, Leandro Costa Brutton. Al instante, me dijo que fuera para su estudio.

Andrea se había quedado en casa llamando por teléfono a distintos lugares, rastreando para conseguir información sobre el paradero de Santiago. Cuando llegué a la escribanía, Leandro me dijo que presentaríamos ese mismo día un *habeas corpus*. Me explicó qué era lo que teníamos que presentar en la Justicia para que tomaran a Santiago como un desaparecido y lo empezaran a buscar de manera urgente. Armó el escrito y al mediodía lo teníamos presentado en el juzgado de Bariloche. Esa presentación fue muy importante. Leandro quedó pendiente de la causa y me pasó el nombre de un par de abogados de Esquel. Salí del juzgado para volver a mi casa.

Yendo hacia el auto me encontré con Carlos Carnota, el titiritero, un personaje entrañable de Bariloche, que siempre jugaba conmigo la misma broma de ser “mi padre”, debido al parecido físico que teníamos. Yo venía confundido y apurado, le intenté explicar lo que pasaba, pero él no me entendía y caminaba al lado mío tirando chistes malos, como siempre hacíamos cada vez que nos cruzábamos. Así que me despedí rápido.

Cuando llegué a casa, Andrea, que no había obtenido ninguna información, me esperaba con una mochila, lista para irnos. Íbamos al encuentro de Natalia, la chica de la comunidad mapuche que habíamos conocido el día anterior frente al juzgado, para ir a El Bolsón a reunirnos con su madre, Claudina. Tenía la esperanza de que a través de ella podría saber qué había pasado con Santiago. Nos encontramos en el centro de El Bolsón, Natalia nos pidió si podíamos llevar a su hermana Ailincó y su hijo hasta la comunidad. Ella se quedaba en El Bolsón. Claudina, que estaba con su camioneta, nos dijo que la siguiéramos. Tenía que pasar a buscar unas personas en el camino y luego nos iba a llevar a un lugar que llamó *la Lof Cushamen*. Yo no sabía qué era. La seguimos. Levantó a esas dos personas a unos pocos kilómetros de la partida y nos guió hasta la comunidad. En la intersección de la ruta que va hacia El Maitén, habían puesto un control de Gendarmería. Lo pasamos sin que nos detuvieran. Llegamos enseguida. Se veía un terreno grande, con un alambrado del lado que da a la ruta y una tranquera de entrada, pintada de amarillo.

Había varias personas de la comunidad mapuche. Algunas se sacaron las capuchas para hablar con nosotros, otras no. A mí no me importaba quiénes eran, solo quería saber qué había pasado con Santiago. Una de las personas que Claudina había levantado en el camino se presentó como su hijo, Lucas Pilquiman. Nos mostraron el recorrido que había hecho



Entrada a la Pu Lof Cushamen.

Santiago el primero de agosto con Lucas, en medio de la represión. Estaban las vainas en el piso. En el barro, las huellas de las camionetas Unimog de Gendarmería. Yo miraba todo e intentaba entender. Le pregunté de dónde conocía a Santiago, me contó un par de cosas, pero a mí no me quedó muy claro. Nos contaron que el 1º de agosto los gendarmes habían entrado disparando, que todos salieron corriendo, que habían cruzado el río hacia la otra orilla y que Santiago se había entregado diciendo “ya está, ya está” y que lo habían agarrado los gendarmes, lo habían golpeado y lo habían subido a un vehículo de Gendarmería. Cruzamos el terreno a lo ancho y llegamos hasta la orilla del río Chubut, que corre paralelo a la ruta, unos 100 metros adentro. El agua estaba muy baja y una parte prácticamente seca. La orilla se podía pisar. Nos contaron que en ese lugar ataban los caballos y, al lado, más adentro, sacaban agua. Después, me entregaron una bolsita con un cuello polar que supuestamente había usado Santiago, por si se necesitaba tener una pertenencia de él, en caso de que se rastrillara la zona con perros.

En un primer momento, ellos hablaban de mi hermano como Santiago Peloso, que era como se había presentado.

Pero el periodista Ricardo Bustos, de Esquel, había subido un posteo en Facebook donde aclaraba que se trataba de Santiago Maldonado y no de Santiago Peloso, y aseguraba que la Gendarmería lo había detenido e identificado y estaba a disposición de la justicia de Chubut. Este periodista tenía una postura abiertamente antimapucho, y tildaba a todos de terroristas. Lo



que llamaba la atención era cómo podía tener esa información que el resto no manejaba, incluso nuestra familia.

Al lugar llegó también una persona de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Julio Saquero, junto con su compañera, Mabel, a quienes conocimos en ese momento. Como ya había oscurecido, Julio y Mabel se quedaron en la Pu Lof, y Andrea y yo nos fuimos a Esquel, la ciudad más cercana, a buscar un hotel para pasar la noche. Venían con nosotros dos mujeres de la comunidad mapuche. A pocos metros de haber salido hacia Esquel, nos paró el retén de Gendarmería.

No podíamos ver más allá del auto. Era una noche cerrada, muy oscura, en un ambiente inhóspito y desconocido. Me pidieron mi documento y los del auto, me hicieron bajar y abrir el baúl. Sentí

mucho miedo, estábamos muy expuestos. En el medio de la nada, sin señal telefónica, nadie sabía que estábamos ahí. Era muy fácil imaginarse lo peor. Me cuestionaron por llevar una pala chica, algo normal cuando viajás en auto en pleno invierno y en lugares en donde nieva. Llamaron por radio, averiguaron datos. Otros gendarmes se burlaron y les hablaron con desprecio y ofensivamente a las mujeres de la comunidad. Cuando por fin me devolvieron los documentos del vehículo, que no sé para qué me los habían pedido, y nos estábamos yendo, uno de ellos gritó:

-¡No los dejen ir!

Me hice el desentendido porque estaba subiendo la ventanilla, arranqué y nos fuimos. La ruta estaba en muy mal estado. Dudaba entre ir rápido o esquivar pozos para no accidentarnos. Tuve la sensación horrible de que te pueden llegar a perseguir en un camino lleno de obstáculos.

Las mujeres de la comunidad, Soraya Maicoño, que se había presentado como la vocera, y Andrea Millañanco, la compañera de Facundo Jones Huala, nos iban contando en el viaje la historia de la comunidad. Nos explicaban la cuestión territorial, del conflicto que había en el lugar, el reclamo y lo que había pasado en la represión.

Yo venía escuchando alguna que otra noticia que salía contra las comunidades mapuches y el conflicto por la apropiación de las tierras por parte de Benetton. En ese contexto intentaba procesar todo, pero la cabeza no me daba más, solo podía pensar en dónde estaba Santiago. Así que les conté cómo era él y cómo era nuestro vínculo y, obviamente, cómo me afectaba su desaparición.

En el control del ingreso a Esquel se había armado una fila de autos. Sucedió siempre porque muy cerca está también el aeropuerto. En ese momento había mucha circulación. De toda la fila, fui el único al que hicieron detenerse al costado. Segunda vez que nos paraban en el camino. Me volvieron a pedir los documentos, incluido el DNI, y una mujer, sin mediar palabras, los tomó y se los llevó adentro del puesto. Al segundo, vino otro policía y me los pidió nuevamente. Le expliqué que ya se los habían llevado. Esperamos un rato, me devolvieron los documentos y nos dejaron seguir.

En Esquel, llevamos a las mujeres a la casa de Elvira, miembro de la APDH, donde iban a quedarse. Aunque era la primera vez que la veíamos, nos invitó a pasar la noche con ella. Allí nos volvieron a contar en más detalle lo que estaba pasando con el reclamo de la Pu Lof, nos hicieron también unos dibujos para graficarnos el lugar y cómo había sido la secuencia de los hechos. Nunca en mis 44 años había escuchado tantas veces las palabras Pu Lof. En mi ignorancia las relacionaba con *loft*, porque era un lugar amplio y sin divisiones. Creo que pensaba en eso para distraerme un poco y escaparme por un momento de la realidad.

En la casa había también otras personas, pero no recuerdo quiénes eran. A medianoche conseguimos un hotel donde hospedarnos.

Ahora tenía un poco más claro qué era lo que estaba pasando, por todo lo que nos habían contado. El 31 de julio y el 1° de agosto las fuerzas de seguridad habían desatado represiones en la Pu Lof, un territorio recuperado por la comunidad mapuche de las tierras que desde la década de 1990 manejaba la Compañía de Tierras del Sud Argentino del magnate italiano Carlo Benetton. El 30 de julio, también había habido una represión en Bariloche. No era la primera vez, en 2016 y 2017 la policía y la empresa, que actuaban mancomunadamente, ya habían protagonizado operativos violentos y represivos contra la comunidad mapuche. El gobierno de Cambiemos,

Índice

Prólogos

Dónde está Santiago Maldonado, por Ana María Careaga	9
Nadie elige lo que le toca en la vida, por Pedro Saborido	13
En carne viva, por Alejandro Bercovich	15

PRIMERA PARTE

La persona que amas puede desaparecer.....	17
1 La inocencia	19
2 La incertidumbre crece.....	46
3 La realidad supera a la ficción.....	68
4 Cómo plantar un cuerpo.....	111
5 La puesta en escena de la aparición	135
6 No hay final feliz; no hay final.....	148
7 Termina el año, comienza una nueva vida.....	172

SEGUNDA PARTE

En la tierra está el paraíso y el infierno	181
8 Nada de lo que fuimos desaparece.....	183
9 El final es en donde partí.....	213

Agradecimientos	223
------------------------------	-----

Anexo

La hipótesis de la desaparición forzada, por Ariel Pennisi	227
--	-----